

Mons. Luis Olivares

Luis aprendió de su madre una oración que repitió todos los días: "Señor, concédeme la gracia de crecer bien. Si tuviera que llegar a ser malo, haz que antes muera".

Entró en el seminario de Monza y después en el de Milán. Siendo clérigo conoció a los salesianos gracias a su director espiritual don Morganti, gran bienhechor de los hijos de Don Bosco. Leyó la vida de Don Bosco y quedó sorprendido, sobre todo, por su sistema educativo, que ya había experimentado en familia, gracias a su madre. Terminados los estudios, fue ordenado sacerdote en Milán, en 1896.

En seguida pidió hacerse salesiano, pero su obispo, el Cardenal Ferrari, lo nombró, joven sacerdote de 22 años, vicerector del colegio arzobispal de Saronno. Con la aplicación del Sistema Preventivo, Luis transformó el seminario en una familia. Pasados 8 años se le permitió formar parte de los salesianos.

15 de noviembre de 1905. Don Luis pronuncia sus votos de pobreza, castidad y obediencia, y es salesiano. Tiene treinta y dos años. Los superiores lo envían a Turín a doctorarse en teología, y es profesor de los clérigos que se preparan al sacerdocio.

En 1910 lo nombran director y párroco en Roma, en la difícil parroquia de Santa Maria Liberatrice, en el Testaccio.

Como buen hijo de Don Bosco se le ve siempre rodeado de gente y de jóvenes. Su confesonario se ve atestado de la mañana a la noche.

Luis Olivares nació en Corbetta, provincia de Milán, el 18 de octubre de 1873, el cuarto de quince hijos. Un hermano suyo fue misionero y una hermana, canossiana.



En mayo de 1915 Italia entró en la primera guerra mundial. Los tiempos se hicieron duros y difíciles para todos. Mientras don Olivares redoblaba sus esfuerzos para llevar socorro a las familias necesitadas, el papa Benedicto XV (que conocía personalmente a los párrocos de Roma y le apreciaba particularmente) lo nombró obispo de Sutri y Nepi, dos pequeñas ciudades a 40 kilómetros de Roma.

Marchó inmediatamente a su diócesis, donde los prófugos de la guerra fueron consolados, ayudados y protegidos paternalmente por el nuevo obispo, que no dejó de proveer enseguida a sus necesidades más inmediatas, como la comida y el vestido.

En aquella diócesis, mons. Olivares pasaría 26 años: todo el tiempo

Ese barrio, de mala fama, se transforma a ojos vista, gracias a la bondad de su nuevo párroco: decía que predicaría aunque fuera para una sola viejecita. Un día, abofeteado en la calle por un violento, don Luis le dice: «Gracias!», y le presenta la otra mejilla.

que le quedaba de vivir. Y sus cristianos verían la realización concreta del programa que se impuso delante de todos en su primera homilía: «1. Amaré mi diócesis como esposa mía. 2. Desconfiaré siempre de mí mismo. En la oración trataré con Jesús los intereses de las almas.

SANTIDAD

3. Evitaré lo superfluo y el lujo en todo. Mi mesa será frugal. 4. El signo distintivo de mi vida episcopal quiero que sea la caridad: sincera, paciente, espiritual, bienhechora, dispuesta a cualquier sacrificio”.

Su estilo bueno, dispuesto a todo con tal de hacer el bien, en los dos o tres primeros años le proporcionó la frialdad y desconfianza de diversos sacerdotes. Pero él, que había puesto en su lema episcopal las palabras *fortiter et suaviter* (con fortaleza y suavidad), siguió adelante sin preocuparse de ello. Siempre había alguno que a la “razón y amabilidad” de Don Bosco, prefería “las órdenes y castigos”. Pero mons. Olivares sabía que el estilo de Don Bosco ganaba. De hecho, también la desconfianza desapareció. Don Luis fue un

obispo según el estilo de Don Bosco: «Soy, por la gracia de Dios, cristiano, salesiano, sacerdote, y obispo: tengo que ser santo». Visitaba las cárceles y daba el catecismo a los jóvenes obreros.

Cuando en 1940 Italia entró en la segunda guerra mundial, sintió toda la amargura de las familias a las que se les arrebató el padre o el hijo mayor para mandarlos a la guerra. En aquellos momentos difíciles para su gente, su caridad no conoció límites. Recuerda su secretario don Riva: “Cuando le pedía dinero, nunca ponía dificultad. Tomaba del cajón los billetes que había y decía: “¡Toma, toma! Están llenos de microbios. No les apeguemos nuestro corazón. Usalos bien y enseguida, para gloria de Dios y bien del prójimo”.

En el tercer año de guerra, en sus conversaciones sonaba frecuentemente la llamada al Paraíso. Don Manzini recordaba: “El Paraíso era una aspiración muy frecuente”. Y mons. Baldino: “Tenía siempre en la boca “Paraíso, Paraíso”, aun en las conversaciones ordinarias”.

Murió, fuera de su diócesis, el 19 de mayo de 1943, mientras predicaba una tanda de ejercicios espirituales a los bachilleres de la casa salesiana de Pordenone. Iba a cumplir los setenta años. Ahora reposa en Nepi, en la catedral. Fue proclamado Venerable en el Consistorio público del 20 de diciembre de 2004.